

## Notas de Cultura

### HOMBRES Y LIBROS

PINTA LLORENTE, MIGUEL DE LA: *La Inquisición española y los problemas de la Cultura y de la Intolerancia*. Madrid, Ediciones Cultura Hispánica, 1954, 296 páginas.

El P. Miguel de la Pinta se enfrenta en este libro con problema tan complejo y espinoso como es el de la responsabilidad que puede caber a la Inquisición española en el proceso de la decadencia nacional, y tiene buen cuidado en advertir desde la primera página que su posición ante los hechos enjuiciados es de rigurosa objetividad. Con el derecho y la ventaja, realmente excepcionales, que le conceden los miles de horas que lleva dedicadas a la consulta de los documentos conservados en nuestros archivos, examina los múltiples aspectos de la cuestión; pero, deseoso de que el relato no carezca en ningún momento de amenidad e interés para el lector no profesional, condensa su información sobre cada punto en unas pocas líneas, que tienen el aspecto de resumen de cosas archisabidas y que, sin embargo, la mayoría de las veces son quintaesencia de materiales no utilizados hasta hoy. ¡Cuántos miles de páginas habrían consumido muchos eruditos, de tener en sus manos los documentos que sirven de soporte e esta obra! En ella puede encontrar el historiador de la litera-

tura española multitud de datos curiosos, y como, por desgracia, falta un índice onomástico, creemos útil señalar los principales aspectos y autores aludidos.

El capítulo I se ocupa de la misión del Santo Oficio y de su actuación respecto a los libros. Su derecho de prohibir la publicación y comercio de algunos, el origen y desarrollo de estas prácticas, la formación y publicación de los índices expurgatorios, el juicio de Zurita sobre ellos y la ayuda que prestaban destacados intelectuales a la hora de su preparación, etc., son objeto de comentario. De las referencias personales, merecen destacarse las referentes a Quevedo (págs. 47 y 54) y al «Tostado» (pág. 46).

El capítulo II está dedicado al Erasmismo, y en él se trata especialmente de Juan de Vergara, Fr. Alonso de Virués y F. José de Sigüenza, figuras sobre las que el mismo autor ha dado a conocer documentos importantísimos en varias de sus obras anteriores.

El capítulo III es uno de los de mayor interés literario y denso contenido, porque extracta en breves párrafos el desarrollo de muchos procesos, aun inéditos, que se guardan en el Archivo Histórico Nacional. De las «Censuras» inquisitoriales catalogadas por Paz, nos hemos servido algunos para redactar notas aclaratorias sobre los motivos que determinaron la persecución de tal o cual obra literaria española, pero son muchísimas las que no se han examinado todavía con detenimiento. Ahora se nos explica por qué fueron puestos en tela de juicio alguna vez, por el Santo Oficio, la *Celestina*, Juan de Mena, Alfonso de Valdés, Illescas, Fr. Luis de León, el *Quijote*, Quevedo, Góngora, Santa Teresa, San Ignacio, Fr. Luis de Granada, Juan de Avila, Arias Montano, Sor María de Agreda, Cadalso, Quintana y Leandro Fernández de Moratín, entre otros.

El capítulo IV descifra la significación del renacimiento de los estudios bíblicos que se produjo en Es-

paña durante la segunda mitad del siglo xvi, y prosigue también la serie de aportaciones valiosas hechas anteriormente por el P. La Pinta en este terreno.

El capítulo V trata de la literatura piadosa del siglo xvii, y es de notar cómo hasta en puntos trilladísimos, verbigracia, la degeneración de la oratoria sagrada, se encuentran aquí ejemplos originales. Son muy curiosos los datos relativos a la beneficiosa intervención del Santo Oficio como perseguidor de una literatura pseudo religiosa degenerada y ridícula.

El capítulo VI está dedicado a los «inventarios» de sabios perseguidos, y especifica por qué tropezaron con la Inquisición Samaniego, Iriarte, Nicolás Fernández de Moratín, Iglesias de la Casa, Quintana, los Padres Mohedanós, Olavide y otros. El P. La Pinta disiente de Menéndez y Pelayo al tratar de la verosimilitud de las noticias de Llorente, y coincido con sus apreciaciones, porque más de una vez he tenido ocasión de comprobar que este historiador, más que falsear radicalmente la verdad, lo que hizo fué desfigurarla a su gusto: suele ser auténtico en lo fundamental y exagerado en los detalles.

El capítulo VII se ocupa de «la Inquisición como causa de todos nuestros males». En él hay referencias a Góngora, Quevedo, Fr. Diego de Estella, Guevara, León Hebreo, Espinel, Laguna, Huarte, Las Casas, etc., y a las principales etapas del desarrollo de la leyenda negra. El P. La Pinta desmiente los tópicos sobre la inflexibilidad de los censores del Santo Oficio con ejemplos de ataques y burlas contra religiosos que dejó publicar y circular. Podría añadirse aquí que también se toleraron con frecuencia alusiones humorísticas a las personas y costumbres del Tribunal, como puede probarse, por ejemplo, con la lectura de los chistes que ensarta Pedro Bravo de Sotronca en la poesía que insertó en los preliminares de la *Benedictina* de su hermano Fr. Nicolás

Bravo (1604), o con lo que dice de José del Olmo en su *Vejamen D. Francisco de la Torre (Reales fiestas a la soberana imagen de la Virgen de los Desamparados, Valencia, 1667, pág. 332)*: «Pero no entienda Iosef del Olmo, que por ser Secretario de la Inquisición, ha de ser todo chitón, que le he de abrasar, y le he de quemar la estatua en el Romance. . . ».

La conclusión a que se llega en el terreno que más puede interesarnos está contenida en las siguientes líneas de la página 270: «Los expurgos en las obras literarias fueron, en realidad, muy leves y ligeros, alcanzando ordinariamente a algún renglón o a algunas palabras. Tratándose de libros importados, la preocupación de los inquisidores se reflejaba casi exclusivamente en los libros teológicos, mirándose con indiferencia a juristas, filósofos, músicos o médicos, de no presentar éstos un carácter auténticamente heterodoxo. . . ».

Se trata, en resumen, de un libro, construido sobre pilares muy sólidos y cuyo alcance excede al propósito divulgador que le dió origen.

(*Revista de literatura, Consejo Superior de Investigaciones Científicas.*—T. V., Nos. 9 y 10., págs. 412 y 414).